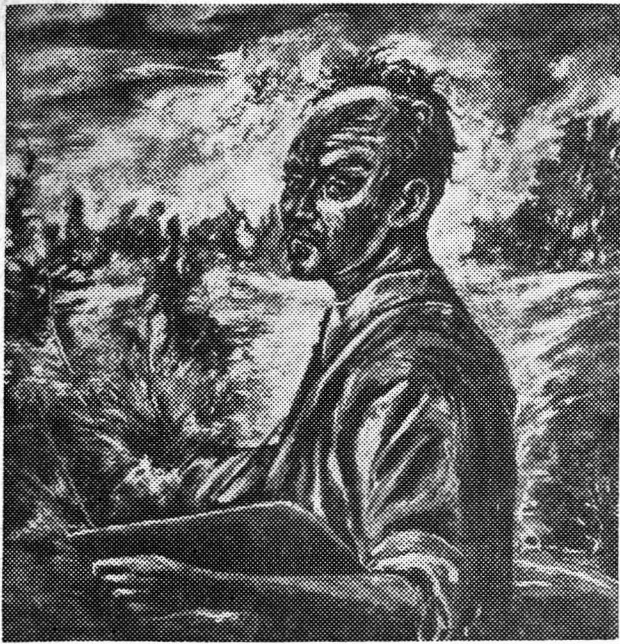


los contrastes de federico cantú



Cantú,
Autorretrato

Federico Cantú es uno de los representantes de aquella generación que surgió inmediatamente después del primer momento del muralismo mexicano. Como casi todos los pintores de ese periodo no formó parte del movimiento, sino que mantuvo una posición independiente; por eso, además, se afirmó en aquellos medios plásticos que de una manera más efectiva le permitían dar rienda suelta a su individualismo: la pintura de caballete, el dibujo y el grabado. Por otra parte, se dio a la búsqueda de una renovación temática que, apartándose del localismo, abriera una perspectiva más universal, por lo que los temas religiosos y mitológicos adquirieron una gran importancia en su obra. Mas pese a todas sus intenciones, sobre Cantú y sus contemporáneos cayó la carga del muralismo y del mexicanismo, de la que no pudieron desprenderse y a la que, como un atavismo, finalmente volvieron. El resultado fue una obra extraña, contrastada, plena de una misteriosa fantasía que a veces convulsiona y estremece y otras hasta aburre.

Ciertamente ante la obra del pintor neoleonés no puede uno mantenerse indiferente; o atrae o repudia, pues su cualidad, su fuerza primigenia radica en el contraste. Lo real y lo imaginario, lo mágico y lo material, lo religioso y lo mundano pactan extrañamente en sus obras.

Dotado de una excepcional facilidad para el dibujo y de un arrebatado y violento sentido del color, amén de una sólida formación, Cantú en su periodo de plena madurez produjo obras de una gran importancia, mismas que abarcan diversos géneros, y en las que resalta su vigorosa personalidad.

En el campo de la pintura de caballete son los retratos y la pintura religiosa lo que más destaca. Los primeros sin olvidar a los modelos conducen a un mundo que los rebasa, pues más que la apariencia física, el pintor expresa el mundo psicológico del retratado; su *Autorretrato* de 1938 es el ejemplo más acabado dentro de este género. La pintura religiosa recorre un camino diferente; los temas espirituales se materializan, se vuelven contemporáneos, son visiones fantásticas donde la realidad inmediata y la trascendente se funden y es casi imposible deslindar lo profano y lo estrictamente religioso; la *Anunciación* (1942) es una obra cuya vitalidad ha sido pocas veces igualada, aun por el

mismo Cantú, y reúne en plenitud las anteriores características.

Mas en donde se muestra el dominio de la técnica de Cantú es en el dibujo y en el grabado; su línea sinuosa, su sentido de claro-oscuro, su barroquismo muestran la vitalidad de una personalidad crítica y angustiada que se desborda incontentible. Hay en sus grabados y dibujos un extraño sabor añejo y un refinamiento tal que nos recuerdan las obras salidas de los buriles europeos del siglo xvi. La naturaleza representada se funde, en sus arabescos irreales, con los personajes y los míticos animales. En otras ocasiones la rabia, la cólera y la violencia, como en el *Moisés* (1946), se trasmutan en metáfora moralizante expresada por medio de sutiles y delicadas líneas que en vez de diluir el efecto, lo fortifican.

Pero este Cantú del que venimos hablando es el Cantú de 1930 a 1950; hay otro, el de 1950 a nuestros días. Este último es diferente, no porque haya perdido sus cualidades técnicas, sino porque ha perdido lo más valioso: su vitalidad, su originalidad. Sus recientes obras, cuadros, murales religiosos etc., son fríos, débiles, oficializados y convencionales.

En el *Fresco de la capilla del Seminario de Misiones* (1957), por ejemplo, no encontramos el dramatismo que pretendió del artista: sólo un mural decorativo de un convencionalismo tal que nos hace dudar del espíritu religioso del pintor: y las mismas características hallamos en las obras realizadas por encargos oficiales.

En fin, Cantú ha llevado su contraste al último camino posible; de una expresión vital a la carencia total de la misma. Ha caído en ese mundo en que las formas ya no responden a ninguna inquietud verdadera, ni pueden decir nada. Su creador no tiene la preocupación de decir algo a través de ellas; no es ya un creador de formas, sino de "formulismos", por ello Cantú, es ahora, en el total sentido de la frase "un acabado pintor".



Cantú,
Moisés